

de dar. Entre la nota exculpatoria del ministro y la aceptación de Tavira, recibió éste nuevas instrucciones que, haciéndose eco de las ideas de Pareja, requerían el saludo a la bandera como medida de desagravio. Durante unos pocos días, Tavira no supo qué hacer y, al fin, optó por ser fiel al compromiso adquirido, afirmando que las explicaciones recibidas desvanecían los motivos de queja del Gobierno español, pero añadiendo un «a su juicio» que limitaba el alcance de la apreciación anterior. El Gobierno español era libre de coincidir con ella o de rechazarla.

Para desgracia de Tavira, el Gobierno español al que correspondió juzgar la conducta de su representante en Chile, era un gobierno de la Unión Liberal presidido por O'Donnell quien, si por algo se caracterizaba, era por haber practicado en el pasado una política exterior basada en expediciones e intervenciones militares. No era, pues, el más indicado para aceptar una solución basada en buenas palabras y no en gestos o hechos exaltantes y heroicos. En consecuencia con esos antecedentes y con los reclamos de Pareja, el ministro de Estado rechazó el acuerdo alcanzado por Tavira, lo destituyó y nombró a Pareja plenipotenciario para resolver el conflicto hispanochileno con arreglo a las siguientes instrucciones: saludo de veintiún cañonazos y declaraciones exculpatorias, claras y explícitas, sobre cada uno de los motivos de agravio. Si el Gobierno chileno no se prestaba a ello, Pareja, en un movimiento *in crescendo*, podría romper relaciones diplomáticas, bloquear los puertos chilenos e incluso bombardear alguno de los principales como Lota o Valparaíso.

### **Primera fase de la guerra. La guerra de Pareja.**

En respuesta a dos notas del almirante español, una, exponiendo las exigencias antedichas, presentada para mayor inri un dieciocho de septiembre, día de la independencia chilena, y otra, dando un ultimátum con la amenaza de romper las relaciones diplomáticas, el Gobierno de Chile, con la adhesión entusiasta de sus cámaras legislativas, declaró la guerra a España. De esa guerra hay que destacar el bloqueo de varios puertos chilenos, la captura de la goleta española *Covadonga* y el suicidio del propio Pareja.

El bloqueo fue un verdadero fracaso, ya que no llegó a afectar seriamente al comercio exterior de los chilenos, pues estos se las ingenjaron para habilitar en sus costas hasta cuarenta y tantos nuevos puertos y sirvió, en cambio, para indisponer contra la escuadra

española a los comerciantes extranjeros por las molestias y perjuicios que les causaba.

La *Covadonga* se enfrentó a la corbeta chilena *Esmeralda* a poca distancia del puerto de Papudo situado a unos setenta kilómetros de Valparaíso. De ahí que se hable del combate de Papudo. La *Esmeralda* llevaba todas las de ganar por su superioridad en hombres, en cañones y en capacidad de maniobras. Eso era obvio. Lo que no era tan obvio era que la *Covadonga* se rindiera tras un combate muy breve, habiendo sufrido pocas bajas y cuando conservaba casi intacta su navegabilidad. En descargo de la *Covadonga* se alega que la *Esmeralda* se le aproximó e incluso empezó a disparar enarbolando bandera inglesa y que uno de los tripulantes de la goleta tardó en cumplir la orden de abrir los grifos para que se hundiera, dando tiempo a los chilenos para abordarla e impedir el hundimiento. El comandante de la *Covadonga* y sus oficiales fueron juzgados en España y resultaron absueltos.

Pareja supo de la pérdida de la *Covadonga* dos días después de que ocurriera y hubo de ser el cónsul norteamericano en Valparaíso el que le diera la noticia. Al día siguiente, el 29 de noviembre de 1865, el almirante Pareja se suicidó, dejando una nota en la que pedía se echase su cuerpo al mar, fuera de las aguas jurisdiccionales chilenas.

## **Segunda fase de la guerra. La guerra de Méndez Núñez**

La captura del buque español y la muerte del jefe de la escuadra tuvieron graves consecuencias en el desarrollo del conflicto: el panorama bélico se amplió, variaron los métodos de hacer la guerra y ésta se endureció.

Después del combate de Papudo que había puesto de manifiesto la vulnerabilidad española, Perú, donde el gobierno de Pezet había sido derrocado, entró en la guerra contra España. A Perú le siguió Ecuador y, a Ecuador, Bolivia.

Méndez Núñez, el sucesor de Pareja, levantó, como primera providencia, el bloqueo de todos los puertos chilenos, excepto Valparaíso, y se dispuso a combatir directamente contra la escuadra chileno-peruana. No lo consiguió. La citada escuadra, de menor calado que la española, se refugió en las anfractuosidades de la costa chilena próxima a Chiloé y, por más que los buques españoles se aventuraron por aquellas aguas, no consiguieron aproximarse lo suficiente para hacer blanco en las naves enemigas. (Combates de Abtao y Huito).

Para vengar el apresamiento de la *Covadonga*, a Méndez Núñez no le quedaba otro remedio que bombardear Valparaíso, como se le orde-

naba por la Real Orden de 26 de enero de 1866, firmada por el ministro de Estado, Bermúdez de Castro. Para efectuar tal bombardeo, debía incurrir en los peligros que fuese necesario pues, «más vale, decía la R.O., sucumbir con gloria en mares enemigos que volver a España sin honra ni vergüenza»<sup>12</sup>. Méndez Núñez, suponiendo razonablemente que Valparaíso sería defendido por las flotas inglesa y americana surtas en aquel puerto, respondió que, efectivamente, la escuadra de Su Majestad se hundiría antes que volver a España deshonrada, ateniéndose a aquello de «primero honra sin marina que marina sin honra».

Valparaíso era entonces una ciudad de ochenta mil habitantes y su puerto era el más activo de América del Sur. Mientras fue parte de los dominios españoles, sufrió cuatro bombardeos realizados por marinos ingleses u holandeses. El quinto estaba reservado a una armada española, por más que a su jefe, el almirante Méndez Núñez, le repugnase emplazar sus cañones contra un puerto y una ciudad que, aparte de la protección extranjera que pudieran recibir, habían basado su seguridad en la indefensión. En aquella época no existía la objeción de conciencia.

El 27 de marzo de 1866, Méndez Núñez envió dos comunicaciones: una, dirigida al Cuerpo Diplomático, anunciando para cuatro días más tarde el bombardeo y justificándolo como único medio que le quedaba a España para vengar los agravios y las ofensas recibidas y otra, dirigida al gobernador de la ciudad, pidiendo que, en los hospitales, iglesias y establecimientos benéficos, se enarbolaran banderas blancas. El 31, Sábado Santo, tuvo lugar, efectivamente, el bombardeo. Duró tres horas. De las dos mil seiscientas bombas y granadas disparadas, solo catorce incidieron en los edificios con bandera blanca. Hubo dos muertos y unos pocos heridos. Las pérdidas materiales fueron cifradas por los chilenos en catorce millones de duros de los cuales ocho pertenecían a extranjeros.

La R.O. de 26 de enero de 1866 prescribía para el Callao el mismo trato que para Valparaíso. La operación, sin embargo, había de resultar muy diferente. El bombardeo del Callao no había de ser un mero ejercicio de tiro, pues los peruanos lo habían fortificado con los más modernos cañones de la época y, si bien eran menos numerosos que los españoles, tenían la ventaja de disparar desde bases fijas y sin tener que cambiar de posición. Méndez Núñez eligió para el bombardeo un día de mayo, el de 1866, por sus reminiscencias en la historia de España. Duró más de cinco horas. Las bajas españolas se cifraron en cuarenta

<sup>12</sup> A propósito de estas palabras, dice José María Jover Zamora: «No conozco testimonio más expresivo del componente irracional de la política de expediciones militares». La civilización española a mediados del siglo XIX. Madrid, Austral, 1991, pág. 287.

y tres muertos y ciento cincuenta y un heridos, entre los cuales figuraban el propio Méndez Núñez y el comandante de la *Blanca*, don Juan Bautista Topete. Las peruanas fueron, sin duda, más numerosas y entre ellas, estaba la del coronel Gálvez, ministro de la Guerra, que se encontraba en una torre que hizo explosión.

¿Quién ganó? Los dos países pueden alegar razones para justificar su victoria, pero lo cierto es que, desde el punto de vista de las repercusiones históricas, el combate del Callao significó mucho más para el Perú que para España. «Después de Ayacucho, dice Basadre, el 2 de mayo de 1866 es el día cumbre de la historia republicana del Perú»<sup>13</sup>.

### **Tercera fase de la guerra. La guerra técnica o guerra de gabinete**

Con el bombardeo del principal puerto peruano, terminaron las operaciones bélicas y se inició un proceso de gestiones diplomáticas que, en el caso más largo, el de Chile, había de durar casi dieciocho años. Hitos principales de ese proceso fueron las gestiones hechas por Chile y España para la compra de buques ingleses que terminaron en tablas y la conferencia de plenipotenciarios celebrada en Washington en abril de 1871, por iniciativa del gobierno norteamericano. De ella salió un modesto tratado de armisticio, versión jurídica de la situación de tregua que, de hecho, existía.

El primer país que firmó un tratado de paz con España fue Perú –14 de abril de 1879– y, a ello, ciertamente, no fue ajena la guerra que, por motivos territoriales, había emprendido contra Chile. En dicho tratado se establecía una paz sólida e inmutable entre España y Perú; se normalizaban, por lo tanto, sus relaciones diplomáticas y se dejaba, para futuros acuerdos, la regulación de una serie de cuestiones de menor cuantía. Tras Perú, firmaron también Bolivia y Ecuador.

La negociación de la paz con Chile fue mucho más laboriosa. Chile exigía reparaciones y exculpaciones que España se resistía a dar. Para llegar a la paz fue preciso que se produjeran algunos hechos de tipo humanitario que tuvieron hondas repercusiones emotivas en aquella República. Fue el primero, la sepultura dada por Eduardo Llanos y algunos de sus amigos, españoles como él, al cadáver de Arturo Prat, comandante de la *Esmeralda*, abandonado por los peruanos, tras el combate naval de Iquique, en una calle de dicho puerto. Y fue el segundo, el traslado solemne del féretro de Prat, del cementerio a la catedral

<sup>13</sup> Basadre, op. cit., tomo I, pág. 515.

de Iquique, organizado también por Llanos, en su calidad de director de la Compañía de bomberos voluntarios Iberia número 1.

Emotividad por emotividad, el ejército chileno que ocupaba Lima, rindió honores, con su general al frente, a los restos de los españoles muertos en el bombardeo del Callao, al ser trasladados de la isla de San Lorenzo, donde habían sido provisionalmente enterrados, al cementerio limeño.

El intercambio de gestos preparatorio de la paz, se coronó en febrero de 1883 con la visita hecha a Valparaíso por la fragata española *Navas de Tolosa*. Se hicieron entonces con toda solemnidad los saludos de rigor y el comandante y los oficiales fueron recibidos por el Presidente de la República. El Tratado de Paz y Amistad se firmó en Lima el 12 de junio de aquel mismo año. Desde la declaración de guerra en 1865 habían transcurrido dieciocho años menos tres meses.

### **Reflexiones al hilo de esta historia**

¿Qué clase de guerra fue ésta, que tuvo su origen en una expedición que se pretendía más científica que militar? José María Jover Zamora la considera una manifestación más de la política de expediciones o intervenciones militares, emprendida por sucesivos gobiernos de la Unión Liberal en la segunda mitad del reinado de Isabel II<sup>14</sup>. Esta que nos ocupa terminó tan mal que fue la última de dichas expediciones. Las anteriores fueron la participación española en la expedición francesa a Cochinchina (1858-1863), la llamada guerra de África (1859-1860), nuestra participación, afortunadamente temporal, en la tripartita invasión de México (1861-1862) y la guerra hecha para mantener la incorporación de Santo Domingo a la Corona española (1861-1865).

No se trataba con estas expediciones de ganar territorios ni siquiera de modificar el *statu quo* existente. Se trataba pura y simplemente de adquirir prestigio, interno e internacional, y para ello era muy conveniente que la operación en cuestión se prestara a ser exaltada mediante una retórica apropiada. Se explica así que todas estas expediciones tuvieran por escenario tierras exóticas, alejadas de Europa, capaces de excitar la imaginación de los españoles. Esa capacidad excitadora la poseían en grado sumo los países hispano-americanos, testigos privilegiados de pasadas proezas españolas.

<sup>14</sup> Jover Zamora, op. cit., págs. 275-289.

La guerra entre España y las Repúblicas del Pacífico no fue, ciertamente, una guerra civil, pero tampoco fue, en sentido, estricto, una guerra internacional, entre Estados totalmente ajenos entre sí. Si existiera el concepto de guerra comunitaria, este sería el que debería aplicársele; es decir, guerra entre miembros de una misma comunidad cultural que, para bien o para mal, tuvo su origen en relaciones de dominación. A diferencia de otras guerras comunitarias, en las que se pelea por cuestiones territoriales o de límites, en la guerra española del Pacífico predominaron, como elemento singularizador, los factores psicológicos, generadores de colosales malentendidos. En unos casos, con efectos absolutamente negativos: la ocupación de las Chinchas y la justificación con que se hizo, el título de comisario regio atribuido a Salazar y Mazarredo, la fecha del ultimátum de Pareja a Chile. En otros, los efectos fueron claramente positivos: el entierro de Arturo Prat por un pequeño grupo de españoles y su posterior traslado a la catedral de Lima. En ambos casos los efectos fueron desproporcionados a los hechos.

En cuanto a los resultados de las intervenciones militares, dice Jover, con carácter general, que su historia «es, en un balance objetivo y realista, una historia triste y estéril»<sup>15</sup>. Por lo que a la nuestra se refiere, salta a la vista que, si hubo algún prestigio que ganar, fue exclusivamente para la escuadra española y para su comandante, Casto Méndez Núñez, el héroe victorioso, cumplidor de sus instrucciones en condiciones terriblemente difíciles; frente a Pareja, el héroe trágico, muerto en expiación de sus errores y frente al diplomático, Salvador Taviara, el antihéroe, que se jugó el puesto y aun su honor personal por evitar la guerra.

Los grandes perdedores de ésta fueron las relaciones hispanoamericanas que quedaron dañadas por muchos años en perjuicio de una España que aspiraba a una suerte de liderazgo moral y lo fueron también las entonces florecientes colonias españolas en Chile, Perú, Ecuador y Bolivia. La mayor parte de sus miembros tuvieron que marcharse. Casi todos perdieron sus bienes. Algunos se suicidaron. Proteger y dar seguridad a las colectividades españolas en ultramar, había sido uno de los objetivos contemplados, al enviar la expedición científico-militar.

<sup>15</sup> Jover, *op. cit.* pág. 282.